



CONVERSACIONES EL CRÍTICO TEATRAL, BIÓGRAFO Y PROFESOR HACE RECUESTO DE SI EN 'JUEGOS REUNIDOS'

Marcos Ordóñez alza un turbio telón

Salvando mil distancias y siendo personajes opuestos en muchas cosas, la lectura de las cosas de Marcos Ordóñez me genera sensaciones como las que tenía al leer a Paco Umbral. Es ese periodismo chorreante de poesía y de una constante extrañeza por las cosas. Ordóñez no sólo es uno de los críticos teatrales de referencia de estas tres últimas décadas, sino también un retratista de su generación. Ha publicado libros sobre Perico Vidal, Ava Gardner o Alfredo Landa... En estas páginas nos topamos a un Francisco Casavella que inventaba cócteles, a María Asquerino o a Conchita Bardem, a Sisa y Gato Pérez...

En 'Juegos reunidos' recoge textos diversos, casi todos publicados con anterioridad, pero con retoques, ajustes y una cierta manera de ordenarlos, que acaban por dibujarnos no tanto a Marcos Ordóñez como a sus pisadas, sus búsquedas y merodeos, a menudo con nocturnidad pero nunca con alevosía. Él mismo comenta en la introducción del libro que «extiendo ahora las cartas sobre la mesa y me doy cuenta de que esa constelación de relatos breves y novelas cortas, de paseos y recuerdos entra la ficción y la crónica, dibuja, a su manera una nueva entrega de la autobiografía que comenzó con 'Un jardín abandonado por los pájaros', porque a fin de cuentas resulta que me parezco bastante a ese tipo que asoma por muchas de las esquinas, bajo diversas luces, con abrigos o camisas hawaianas, bigotes falsos o pelucas, mostrándome y escondiéndome».

En el primer relato, titulado 'Astor', nos zambulle en esa ciudad que no existe pero que tiene calles y esquinas reales, donde los desenchados de las fachadas son verdaderos, donde él o su sombra caminan por las aceras con el eco de las pisadas en los sueños.

¿Qué es 'Astor'?

Difícil explicarlo en pocas líneas. En el libro aparecen varios barrios donde, por decirlo de algún modo, se abren puertas a otras di-

mensiones. 'Panorama desde el puente' tiene su centro en el barcelonés puente de Vallcarca; 'Al anochecer' sucede en un barrio sin nombre, en el extrarradio; 'Los misterios de Parque Chas', en ese barrio bonaerense donde, según la leyenda, va a parar todo lo que se pierde. Astor es un barrio mental como diría Juan Marsé, con dos zonas: una parte alta serena, clara, inalcanzable, donde el narrador anhela vivir, y una parte baja donde «por su mala cabeza» estaba obligado a quedarse, en su primera juventud, a finales de los setenta. Y hasta aquí puedo leer. Los barrios mentales tienden a ser imaginarios pero muy verídicos.

Ha comentado que la «memoria es turbulenta»

Lo es...

Ya en sus anteriores libros la autobiografía se enlazaba con la ficción...

Todo el libro es autobiográfico. A veces por los hechos, a menudo por los sentimientos (o su reinención), o por ambos, claro, pero no es imprescindible la confluencia. A veces no es autobiográfico en primera instancia, pero lo es mi relación con 'American Graffiti' o con la muerte de Sharon Tate. O, mirando hacia un futuro casi inminente, con el sesentón Jep Gambardella de 'La grande belleza'.

Habla en el libro de «fugas oníricas»... ¿Los sueños, sueños son... o son algo más?

Los sueños son intensos concentrados de realidad. Los puñeteros se parecen bastante a la poesía, ¿verdad?

Comenta en un texto de 'Juegos reunidos' que se ha retirado del

alcohol... ¿Es verdad o ficción?

El texto se titula 'Alcoholes' en un sentido amplio. Habla del alcohol, pero también habla de la noche, de la pasión por salir, por devorar la ciudad, por conocer gente, por cancanear hasta las mil.

Menos alcohol... ¿Y noche?

Desde luego que se debía bastante en aquella época, entre los setenta y los noventa. El paso de los años tiende a frenar los excesos. Y con ese paso del tiempo, las noches reverberan menos, como decía Gil de Biedma.

Y el periodismo... ¿Ha valido la pena?

Ha valido y sigue valiendo la pena, semana tras semana. Para mí es un regalo que en 'El País' me dejen escribir de las cosas que me apasionan. Ha cambiado, eso sí, mi relación con las redacciones: ahora escribo desde casa. Y han cambiado las redacciones, como sabrá cualquiera de mi edad.

¿«La escritura es un intento de equilibrio entre el estímulo y la emoción»?

Eso me lo dijo Jaime Gil de Biedma en una tarde lejanísima, evocada en otro texto del libro. Se refería a la adolescencia, y el adolescente que era yo entonces se quedó deslumbrado por la sagacidad del poeta. Bueno, ya la conocía por sus libros, pero no «en directo», en conversación. Se refería a que el adolescente suele vivir las emociones con más intensidad que los estímulos que las provocaron. No es malo eso a la hora de escribir, pero sí cuando se está empezando a vivir.

¿Y qué le sigue emocionando?

Me emociona casi todo. Naturalmente, hay emociones saludables y emociones erizadas y oscuras. La belleza, el amor y la bondad siguen siendo, a Dios gracias, grandes suministradores de las primeras.

Me encanta su alegato final. Dice que quiere «que seamos dueños de nuestras propias vidas»... ¿Podemos hacerlo en este mundo por el que pasamos un rato e hipotecados?

Ya que estamos, intentémoslo.

También dice que quiere «que no baje ningún telón». Me temo que el telón bajará. Baja siempre. Yo creí que David Bowie era inmortal y ya ve... ¿Algún consejo para estar preparados?

Yo también me temo que bajará el telón. Y como decía Woody Allen, «estoy en contra». Hasta ahí llega mi preparación.

ANTONIO G. ITURBE